

En mayo Argentina eligió a un nuevo Presidente. Ya en el mando, Kirchner ha puesto en marcha un verdadero *raid* de decisiones rápidas y de gestos contundentes. Sin embargo, el pronóstico del futuro sigue siendo un acto de magia.

Argentina: Kirchner, el mago

Claudia Acuña

A los argentinos siempre nos resultó difícil justificarnos, y esta no es la excepción. Explicar el peronismo, por ejemplo, puede significar una experiencia religiosa y ficcional: en la lectura de la novela *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez, hay más verdad sobre el tema que en todos los ensayos históricos con los que se lo intentó disecar.

Si explicar el pasado argentino es una dificultad, pronosticar su futuro es un acto de magia. *El mago*, precisamente, se titula la última novela del escritor argentino del momento, César Aira, donde cuenta la historia del mejor ilusionista del mundo, tan excelso y con virtudes tan poderosas y fascinantes que prefiere mantenerlas en secreto y vivir en la mediocridad. Ese es su arte: saber que todo lo puede y conformarse con nada.

Es esa invisible varita mágica argentina la que hay que agitar antes de pronunciar el abracadabra. Nada por aquí, nada por



Según Hebe de Bonafini, presidenta de Madres de Plaza de Mayo, "un hombre distinto".

allá. Y de la galera saldrá entonces un nuevo Presidente.

Con ustedes, Néstor Kirchner.

Gobernador patagónico de cincuenta y tres años, casado con la senadora Cristina Elizabeth Fernández, padre de dos hijos, un ojo díscolo, un pasado universitario ligado a la izquierda peronista; candidato del interino mandatario saliente, Eduardo Duhalde, dueño del

segundo puesto en la primera vuelta electoral de mayo y de una campaña proselitista de segunda.

El hombre que imprevistamente corrió a Carlos Menem del *ballotage* y convirtió un magro 22 por ciento de sufragios en el actual 92 por ciento de imagen positiva, o—lo que es mejor—el

Claudia Acuña, periodista argentina, directora de www.lavaca.org.

que instaló ese aroma que algunos olfatean como un alivio y otros como el perfume de una ilusión.

La literatura que teclearon los diarios antes de su aparición en el trono del escenario político solo aporta confusión y ruido. Lo que se escribió hace un mes parece escrito hace mil años y sobre otro país. Este, el que acaba de erigirse de la nada, tiene hasta otro color.

"Por primera vez en muchos años, los valores progresistas no están a la defensiva", asegura la intelectual Beatriz Sarlo, sin vueltas. Su análisis no es producto de la euforia triunfalista, sino de un recuento de lo hecho hasta ahora por el nuevo Presidente. Un verdadero *raid* de decisiones rápidas y de gestos contundentes.

Comenzó descabezando la cúpula militar y policial, siguió con un discurso por cadena nacional en el que apuntó directamente contra la sospechosa Corte Suprema de Justicia, pateó la madriguera de las cajas de reparto de la ayuda asistencial y se sentó frente a la más intransigente fiscal de la república, Hebe de Bonafini, presidenta de Madres de Plaza de Mayo y vocera de una impresión popular: "Este hombre es distinto".

Distinto es, por cierto, este Néstor Kirchner de aquel candidato electoral del que hasta hace muy poco todos los humoristas se mofaban por su parecido con un cómico de bodevil, famoso por su torpeza e impericia. Nadie se atreve ahora a reírse ni en público ni en privado de este otro Kirchner que ha concretado en veinte días los cambios que nadie le exigió.

El historiador Natalio Botana lo sintetiza así: "Actuó sobre el flanco de las Fuerzas Armadas y de la Policía Federal; instaló el tema del juicio político a la Corte en un Parlamento que tuvo que sacudirse la modorra para ponerse a tono con el ritmo presidencial; distribuyó subsidios a la inundada provincia de Entre Ríos; proclamó el fin de las cuasimonedas; trazó el imaginario de un discurso 'latinoamericano' y, por tanto, fijó los parámetros de una política exterior, no reñida necesariamente con los intereses de los Estados Unidos".

La sola enumeración le provoca a Botana una catarata de preguntas: "¿Estaremos entrando en el umbral de una cuarta transformación, ya iniciada por Duhalde y volcada, ahora con más énfasis, hacia el cuadrante de la centroizquierda? ¿Podrá convertirse el justicialismo en el

eje de esta política de una manera análoga a como Menem lo ubicó en el cuadrante de la centroderecha? ¿Es esto posible con un sistema de partidos tan fragmentado?".

Botana no arriesga las respuestas, porque sabe lo que significa hacer pronósticos en la Argentina. Se limita a enunciar lo que ya asoma: "Es muy pronto para diagnosticar, aunque los condicionamientos institucionales e ideológicos de la cuarta transformación del peronismo ya están a la vista".

Sin duda, esta es la más increíble conclusión de la actualidad argentina. El solo hecho de estar hablando de peronismo y, lo que es aún más increíble, de su versión progresista y *aggiornada*, es algo que nadie, nunca, hubiera sido capaz de profetizar.

No es magia, sin embargo, lo que hay detrás de esta resurrección. Si se mira para atrás, casi como una ironía de la historia reciente, lo que Kirchner está haciendo es exactamente aquello que se cansó de prometer y no cumplir Fernando De la Rúa cuando llegó a la Presidencia con el impulso de la Alianza. Es aquel programa, votado por una mayoría contundente hace tres años, el que se está transformando en hechos hoy, urgido por la crisis institucional que incendió el país aquel 19 y 20 de diciembre. Fue en esos días cuando se escuchó por primera vez el grito "Que se vayan todos", una consigna

Kirchner tiene la obligación de lograr con hechos lo que no pudo obtener en las urnas: apoyo popular. Tiene que actuar. No tiene tiempo para hacer diagnósticos.

que muchos interpretaron de manera literal y que hoy puede leerse como una profecía autocumplida.

Sin Menem, con el Partido Radical convertido en un sello de goma, la izquierda afónica y la derecha aturdida; sin generales extorsionando ni comisarios dirigiendo delitos; sin tibios ni incendiarios ni fantasmas ni ángeles salvadores, lo que quedó es exactamente aquello que se había perdido.

Sarlo lo explica así: "El nuevo gobierno tiene, por ahora, la iniciativa. Kirchner, en su discurso inaugural, habló como un Presidente progresista que no se arrepiente ni se oculta por serlo. Expresó algunas ideas, y de su concreción depende que la Argentina llegue a pisar, por primera vez en estos años, un umbral orientado hacia la salida no solo de la crisis sino de una situación moral y políticamente inaceptable. El escenario es favorable. Sin embargo, las fuerzas que podrían oponerse y destruirlo están allí intactas: los capitalistas argentinos, que nunca entregan nada ni dejan de aspirar a todo; la vieja política que fue repudiada pero que no ha sido todavía herida en su poder; el descalabro de las instituciones republicanas y del federalismo que hace necesaria una reforma de la Constitución".

Tampoco es un acto de magia que Kirchner haya actuado como actuó. El sociólogo

"Por primera vez en muchos años, los valores progresistas no están a la defensiva", asegura la intelectual Beatriz Sarlo, sin vueltas.

Artemio López se cansó de explicarlo en los días previos a la asunción: "Kirchner llega con una debilidad implícita, al no haberse concretado el *ballotage*. Tiene la obligación, entonces, de lograr con hechos lo que no pudo obtener en las urnas: apoyo popular. Tiene que actuar. No tiene tiempo para hacer diagnósticos".

El tema del tiempo, también, fue central en el análisis del columnista político del diario *La Nación*, Claudio Escribano, en una nota publicada en la portada del diario conservador al día siguiente de la huida de Menem y leída por muchos como un ultimátum. Citando unas no identificadas voces que hablaban desde Washington, Escribano tecleó tres vaticinios:

"Primero, dijeron que Kirchner sería el próximo Presidente. Segundo, que los argentinos habían resuelto darse un gobierno débil. Podríamos pasar por alto una tercera conclusión, porque las fuentes consultadas en los Estados Unidos por quien esto escribe difieren de si se trata de la opinión personal de uno de los asistentes o de un juicio suficientemente compartido por el resto. Sin embargo, la situación es tal que vale la pena registrarla: la Argentina

ha resuelto darse gobierno por un año".

La nota fue publicada el 15 de mayo.

Diez días después, Kirchner se convirtió en el "próximo Presidente", lo que no solo confirmó la primera y más obvia de las conclusiones que citó Escribano, sino también aquel viejo aforismo periodístico que describe cómo utilizar una verdad para construir una mentira.

Tres días después, el diario *La Nación* fue allanado por la jueza María Romilda Servini de Cubría, por una denuncia sobre presunto lavado de dinero.

En momentos en que se escribe esta nota, Escribano está en Estocolmo y sus columnas versan sobre anécdotas de los Premios Nobel.

En un país poco dócil a las predicciones, las especulaciones son demasiado tentadoras.

Aferrémonos, entonces, a los hechos.

Por lo visto hasta aquí, los argentinos no han resuelto darse un gobierno débil.

Si esto es bueno o malo, es algo que ni el mejor mago del mundo se atrevería a teclear. ▲

Abracadabra, privatizadas

Un día antes de terminar su mandato como presidente interino, Eduardo Duhalde firmó un decreto mediante el cual redujo de 171 a 80 millones el canon anual que debe pagar la empresa Aeropuertos 2000 por la explotación de las pistas argentinas. El gesto fue interpretado como una señal hacia el resto de las empresas privatizadas, ya que ese contrato era uno de los más escandalosos.

La Auditoría General de la Nación había dictaminado que estaban dadas las condiciones para dar por incumplido el contrato y, por lo tanto, dejarlo sin efecto, ya que la empresa nunca había abonado un solo dólar desde que se hizo cargo del negocio, hace tres años. El decreto no solo proclama una quita generosa, sino que prolonga los plazos del incumplido plan de inversiones a veinticinco años.

Casi al mismo tiempo, las empresas de servicios públicos comenzaron a reclamar en alta voz un ajuste de tarifas, instalando el tema en la portada misma de los diarios.

Cuando la suerte parecía estar del lado del "tarifazo", un pase mágico sacudió el dado. El juez federal Alfredo Bustos suspendió la aplicación del decreto y el trámite bastó para que desde el Poder Ejecutivo se comenzara a hablar de la anulación. Lo curioso es que la orden de Duhalde contó con la firma de Aníbal Fernández, por entonces ministro de Producción y ahora ministro del Interior del flamante presidente Kirchner. Pero la coincidencia no supone una misma continuidad política, sino todo lo contrario.

En principio, el presidente Kirchner ya adelantó que no tiene ningún apuro en el tema tarifario. "Primero vamos a revisar el marco general de los contratos para ver qué hicieron y qué no." Kirchner ya conoce el resultado de ese trámite. La mayoría de las empresas no abonó nunca el canon correspondiente al Estado y está lejos de haber concretado el plan de inversiones prometido.

El Presidente tiene también para su firma el decreto que establece un nuevo método para la renegociación de esos acuerdos: en adelante, la tarea será responsabilidad conjunta de los ministerios de Economía y Planificación, en los que se supone será una acción combinada de ladrar y morder, con roles intercambiables.

Pero hay más: fue el titular de la cartera de Trabajo, Carlos Tomada, el que mostró la vara con que se medirá la letra de estos contratos. El gobierno pondrá especial énfasis en la creación de nuevos puestos de trabajo. Será amable con quien tenga la amabilidad de atemperar la brasa ardiente que representa administrar un país con la tasa de desempleo más alta de su historia y del continente.